

Homilía de VI Domingo de
Pascua

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“No os dejaré desamparados”

Introducción

Celebramos el que podríamos llamar el último domingo de Pascua. Luego vendrá la Ascensión y Pentecostés, que cierran la Cincuentena Pascual. Es un todo que, pedagógicamente, la iglesia nos lo presenta fraccionado para que podamos vivirlo mejor. Durante cuarenta días (Cuaresma) nos hemos ido preparando para la Pascua. Y la celebramos durante cincuenta días. La Iglesia, con este “tiempo fuerte”, hace pasar ante nuestros ojos los últimos momentos del ministerio de Jesús Nazareno, subiendo a Jerusalén, donde se iba a realizar la entrega total a través de su pasión, muerte y resurrección. El fue glorificado por el Padre y trata de confortar a sus discípulos con las distintas apariciones. Les conforta, les anima, les dice “que no tengan miedo”, les da su paz... Les hace ver que El está presente en medio de ellos, El, que es el crucificado, es también el glorificado. Y para reforzar estas ideas les promete una presencia nueva que se da en su Iglesia. El Espíritu de la verdad es el consolador que está siempre con nosotros para que podamos “dar razón de nuestra esperanza” y así realizar una “nueva evangelización” en este mundo, que con sus alegrías y penas, nos toca a nosotros darle la “Buena Noticia”. Hoy la Iglesia nos invita a que tengamos un recuerdo de los enfermos, por ser “la Pascua del enfermo”



Fr. Manuel Gutiérrez Bandera
Virgen del Camino (León)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 5-8. 14-17

En aquellos días, Felipe bajó a la ciudad de Samaría y les predicaba a Cristo. El gentío unánimemente escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos parálíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría. Cuando los apóstoles, que estaban en Jerusalén, se enteraron de que Samaría había recibido la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan; ellos bajaron hasta allí y oraron por ellos, para que recibieran el Espíritu Santo; pues aún no había bajado sobre ninguno; estaban solo bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

Salmo

Sal 65, 1-3a. 4-5. 6-7a. 16 y 20 R/. Aclamad al Señor, tierra entera

Aclamad al Señor, tierra entera; tocad en honor de su nombre, cantad himnos a su gloria. Decid a Dios: «¡Qué temibles son tus obras!». R/. Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios, sus temibles proezas en favor de los hombres. R/. Transformó el mar en tierra firme, a pie atravesaron el río. Alegrémonos en él. Con su poder gobierna eternamente. R/. Los que teméis a Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo. Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica ni me retiró su favor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 3, 15-18

Queridos hermanos: Glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo. Pues es mejor sufrir haciendo el bien, si así lo quiere Dios, que sufrir haciendo el mal. Porque también Cristo sufrió su pasión, de una vez para siempre, por los pecados, el justo por los injustos, para conducirnos a Dios. Muerto en la carne pero vivificado en el Espíritu.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 14, 15-21

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él».

Comentario bíblico

1ª Lectura: (Hechos 8,5-8.14-17): La palabra de Dios nos abre al Espíritu

I.1. Este texto nos muestra un paso más de la comunidad cristiana primitiva. La crisis originada en la comunidad de Jerusalén a causa de los «helenistas», que tenían una mentalidad más abierta y más atenta a lo que había significado el mensaje del evangelio y de la Pascua, dispersó a estos cristianos fuera de la ciudad santa. Y esto va a ser semilla misionera y decisiva para que el «camino», otro de los nombres con que se conocía a los seguidores de Jesús, rompiera las barreras del judaísmo. Del relato, para la lectura de este domingo, se excluye el caso de Simón el Mago que quería hacer lo que Felipe, o comprarlo si era necesario -de donde procede el nombre de «simonía»-, por querer procurarse bienes espirituales por medio del dinero.

I.2. El programa que el autor (Lucas) ya diseñó en Hch 1,8 debe ir cumpliéndose con precisión. Pero es el Espíritu quien lleva estas iniciativas, quien se adelanta a los mismos apóstoles. Porque la Iglesia, sin Espíritu del Señor, no estaría abierta a nuevos modos y territorios de evangelización y presencia. El Espíritu es quien otorga siempre a la comunidad cristiana la libertad y el valor necesarios. En la lectura de hoy vemos a Felipe, uno de los siete elegidos y, probablemente, el líder sucesor de Esteban, que se llega hasta el territorio maldito de los samaritanos. El odio entre judíos y samaritanos ya aparece en el evangelio (Lc 9,52ss; Jn 4). Este era un paso muy importante porque se les consideraba como unos paganos. Esta era una apuesta decisiva, a la vez que un compromiso conducido por el Espíritu de Pentecostés, para cuya fiesta nos preparamos. Los samaritanos acogieron la palabra de Dios, nos dice Lucas en este relato, y enviaron a Pedro y a Juan para que pudieran atender y confirmar en la fe a esta nueva comunidad que se había abierto a la fuerza de la palabra salvadora.

I.3. Por eso, conviene resaltar que no son los “doce”, los discípulos de Jesús y los testigos “directos” de la Resurrección, los que llevan a cabo esta iniciativa eclesial. Felipe el helenista es el que se atreve a cumplir esa promesa del resucitado de Hch 1,8 (aunque cuenta mucho la persecución en Jerusalén contra ellos). Lo que hace es lo que mismo que hacía Jesús (cf. Lc 7,21; 8,2; 9,1). Resaltemos, pues, las iniciativas de los de segunda fila que tienen la misma importancia o más, ya que llevan la predicación, la palabra de Dios, a “lugares de frontera”. En Lucas la “palabra de Dios” es verdadera protagonista, junto con el Espíritu, de la segunda parte de su obra.

I.4. En un segundo momento, Pedro y Juan tienen que asumir la realidad de que los samaritanos, a donde ellos nos se atrevían a ir, han acogido la predicación evangélica. Esto contrasta con la escena del evangelio (Lc 9,51-56) en que Jesús y los suyos, pasando por territorio samaritano al ir a Jerusalén, y no siendo acogidos, Santiago y Juan, los hijos del Zebedeo, pidieron un castigo apocalíptico para aquel lugar maldito. Pero Jesús esta actitud de venganza rotundamente. Para Lucas esa era como la primera semilla, que ahora viene a crecer por medio de una nueva predicación. Y Juan, el hijo del Zebedeo, es protagonista en este momento.

I.5. El relato, pues, debe ser leído e interpretado en el sentido de que de los que no se esperan respuesta, son capaces de acoger el mensaje de la salvación con más solicitud y entusiasmo que los predestinados religiosamente para ello. La llegada de Pedro y Juan no debe ser captada en el sentido de ir a imponer su autoridad apostólica o jerárquica, sino, por el contrario, a poner de manifiesto por su parte y por la parte de la Iglesia madre de Jerusalén, el misterio de “comuniión” que los herejes samaritanos (concepción del judaísmo ortodoxo) son capaces de dar.

I.6. Por eso este es un segundo “pentecostés”, que aquí acontece por la imposición de las manos de los apóstoles. Y es que en la Iglesia primitiva se dieron diferentes momentos de “pentecostés” como presencia del Espíritu de Jesús resucitado.

IIª Lectura (Iª Pedro 3,15-18): Dar razón de nuestra esperanza

II.1. Nuestro texto nos proporciona una tesis teológica que debe ser determinante para los seguidores de Jesús: que debemos estar siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza. Los primeros cristianos tuvieron que explicar muchas a veces, a quien se lo pedía, los motivos de su fe y de su esperanza. Eran tiempos de persecución. Hoy vivimos la fe menos ambiciosamente, pero no podemos ocultar la luz debajo de nada.

II.2. Ser cristiano, ser seguidor de Jesús, nos otorga su Espíritu y estamos convocados como entonces a dar testimonio. Hoy no hay persecuciones como entonces, pero el mundo tiene otros valores y reducimos nuestro testimonio a ciertas manifestaciones culturales. Mas la fe cristiana no es para el culto, sino que debe dar sentido a la vida entera. ¿Por qué creemos, por qué esperamos, por qué amamos y perdonamos? No podemos ocultar nuestra verdad, sino que debemos comunicarla, incluso aunque tengamos que sufrir adversidad o incomprensión.

II.3. No se trata de hacer una defensa apologética de nuestra esperanza, pero sí es necesario vivir con esperanza: la esperanza en Cristo, en un mundo de paz y de concordia; en un mundo que tiene, además, un futuro más allá de esta historia, porque Jesús, el Señor, ha ganado para todos ese mundo nuevo.

Evangelio de Juan (14,15-21): El Espíritu, nuestro “Defensor”

III.1. El evangelio de Juan prosigue con su discurso de revelación de la última cena. Se hace una conexión entre amor y mandamientos. Si amamos a Jesús estamos llamados a amarnos los unos a los otros, porque en la teología de Juan ese es el mandamiento nuevo y único que nos ha dejado para que tengamos nuestra identidad en el mundo. ¿Era eso nuevo? Era nuevo en la forma en que lo entendió Jesús: incluso hay que amar a los que nos odian; así seremos sus discípulos.

III.2. Para llevar adelante este mandamiento Jesús pedirá un «defensor», un ayudador: el Espíritu. Se nos vuelve a poner en línea abierta con la fiesta de Pentecostés que celebraremos tras dos domingos. El Espíritu de la verdad, no de una verdad abstracta, sino de la verdad más grande, de una verdad que el «mundo» odia, porque el mundo en San Juan es el misterio de la mentira, del odio, de las tinieblas. Probablemente se detecta aquí un dualismo un poco exagerado, pero es verdad que el mundo de la mentira existe y nos rodea frecuentemente.

III.3. Jesús promete no dejarnos huérfanos: El Espíritu es más fuerte que el mundo, como el amor y la verdad son más

fuertes que el mundo, aunque nos parezca lo contrario. Si queremos vivir otra vida verdadera debemos fiarnos de Jesús que, desde el regazo de Dios como Padre, no se ha instalado allí, sino que enviándonos un Defensor nos conduce al mundo de la verdad, de la luz, del amor que reina en el seno de Dios.

III.4. El evangelio nos habla del “Paráclito” que Jesús promete a los suyos. El término griego parákletos (que significa “llamado”, del verbo griego kaleo, “llamar, interceder por”) tiene su origen en el mundo jurídico y designa a alguien que es llamado como defensor en un tribunal, un abogado en definitiva. Se sabe que los discípulos han de afrontar en el mundo una lucha. El autor del evangelio ya lo está viendo con sus ojos y por eso construye este discurso sobre el “Paráclito” que “estará con vosotros para siempre” (Jn 14,16). Es el Espíritu de la “Verdad”, que es una de las formas en que Jesús se ha presentado en este evangelio (14,6), un tema dominante de la catequesis joánica. Por lo mismo, el Espíritu vendrá a hacer lo que hacía Jesús mientras estaba con ellos.

III.5. ¿Qué sentido tiene todo este discurso? Pues que aunque falte Jesús, no nos faltará su Espíritu. Es una presencia nueva de Jesús, una presencia que viene después de la Resurrección y que no podemos dudar que existe y existirá. Y aunque no esté definida esa personalidad del Espíritu, como habrá de hacerse en la teología posterior, debemos estar abiertos a esta promesa de comunión y de vida. En este mundo nuestro de disputas interminables y de intereses muy humanos, tener un abogado “defensor” es como una necesidad para no estar desamparados. Los cristianos, por lo mismo, tienen el suyo y pueden apoyarse en él, porque es un “abogado de la verdad que libera” nuestras conciencias.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Hemos celebrado cinco semanas de Pascua y nos quedan dos para celebrar Pentecostés, por eso la iglesia pide hoy poder “continuar celebrando con fervor estos días de alegría en honor de Cristo Resucitado”. En la celebración de este domingo aparece un aspecto nuevo de la Pascua. En las tres lecturas se hace presente el protagonismo del Espíritu, que es el que da la vida a la comunidad. Por él se sigue obrando en la iglesia “las maravillas del Señor”

“La ciudad se lleno de alegría”

La persecución que se dio en Judea protagonizada con el martirio de San Esteban, obligó a dispersarse sobre todo a los judíos helenistas. El diácono Felipe, que era uno de ellos, predicó a Cristo en Samaría. Realizó allí también los prodigios que en nombre de Jesús hacían en otros lugares. Había llegado hasta ellos la “salvación integral”. Acogían la palabra y quedaban curados muchos enfermos, lisiados y, también, eran liberados los poseídos de “espíritus inmundos”. Todo esto provocó en la ciudad alegría. Este grupo de samaritanos que habían aceptado la predicación, se habían convertido y se habían bautizado, pero aun no habían recibido el Espíritu Santo. Lo recibieron a través del ministerio de Pedro y Juan que les impusieron las manos. Así quedó constituida una verdadera comunidad de creyentes capaces de testimoniar su fe ante los demás.

La presencia del Espíritu Santo es quien hace que una comunidad cristiana sea auténtica. Podemos aceptar el mensaje cristiano de una manera superficial y por motivos espectaculares. Si no se da la presencia del Espíritu no se da una asimilación honda. En una sociedad como la nuestra, donde se vive aún en “estado de cristiandad”, tal vez sea necesario una “nueva evangelización” para recibir de verdad esa presencia nueva de Cristo resucitado a través del Espíritu de la verdad.

“Para dar razón de vuestra esperanza”

La carta de San Pedro hace una exhortación que viene a ser la consecuencia de recibir la “fuerza de lo alto”, de tener la presencia del Espíritu en nosotros. Se trata de manifestar una conducta acorde con la vida cristiana, que sirva de testimonio para todos. Esto se expresa con una de las formulaciones más bellas del Nuevo Testamento: “dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pida”. Y añade algo muy importante para que nuestro testimonio sea creíble, y que, en nuestro tiempo, el Beato Juan Pablo II recordó a los jóvenes en Cuatro Vientos: “Proponer, no imponer”, refiriéndose a la fe como testimonio. San Pedro, igualmente, invita en esta carta a los primeros cristianos a que den razón de su esperanza “con mansedumbre y respeto y en buena conciencia”. Así es como los que nos rodean puedan volver “a la

vida por el Espíritu”

“No os dejaré desamparados”

Durante estos domingos del tiempo pascual hemos podido comprobar cómo Jesús se hace presente a sus discípulos de diversas maneras, en el cenáculo, en el camino de Emaús, en la orilla del mar... El Resucitado, que es verdaderamente el crucificado, les va preparando para que puedan descubrirle con otra presencia. San Juan hace en su Evangelio una teología de la presencia de Jesús en la primera comunidad. La presencia de Jesús en la iglesia es real. Hemos de contar con esa presencia que anuncia el mismo Jesús: “No os dejare desamparados, volveré”. Esa nueva presencia es la del Espíritu que El nos envía junto con el Padre, por eso podemos experimentar de otra manera su presencia en medio de la comunidad y dentro de nuestros corazones. La misión del Espíritu Santo es continuar la obra del Reino de Dios iniciada por Jesús. El la completa y la adapta a los nuevos tiempo de la historia.

La promesa de Jesús de “no dejaros desamparados” (en griego “huérfanos”, con toda la carga social que en aquel tiempo tenía), tiene un condicionante. San Juan sitúa este fragmento del Evangelio en vísperas de la Pasión. Y la gran preocupación que Jesús tenía en ese momento abre y cierra el texto: que sus discípulos lo amen. Ese amor a Jesús es el que diferencia al discípulo de quien no lo sea. Pero hemos de darnos cuenta que no se trata de amar de palabra: “Obras son amores y no buenas razones”. El amor a Jesús se verifica con lo que él mismo nos dice: “el que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama”. Y la recompensa de ese amor sincero y con obras, es lo más grande que puede esperar un ser humano: “lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él”. Sólo el que ama a Jesús está en condiciones de apreciar la verdad de lo que Jesús dice. Enraizado en la vida de Dios, el discípulo de Jesús es una persona feliz y completa, siempre agradecido, siempre asombrado. Ve y vive lo que el mundo no puede ver ni vivir.

Jesús había prometido: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Esta promesa ha quedado cumplida con el envío del Espíritu que nos enseña toda la verdad y que no nos deja desamparados. En la primera lectura que se ha proclamado hoy vemos como Jesús cumple con su promesa. Por medio de Pedro y Juan el Espíritu desciende sobre los samaritanos que se habían convertido gracias a la predicación y sanación del diácono Felipe. Alguien lo ha llamado el “Pentecostés samaritano”.

La inhabitación del Espíritu en los creyentes es la nueva forma de vivir el Señor Resucitado entre sus discípulos para siempre. Por este motivo podemos decir que la iglesia es en verdad la Comunidad del Espíritu.

Esta comunidad, no puede desentenderse de la presencia del mal en el mundo, que aparece bajo mil formas: hambre, injusticias, pobreza, enfermedad... La Iglesia quiere que tengamos hoy un especial recuerdo de los enfermos. La enfermedad nos ayuda a descubrir la fragilidad y los límites de nuestra condición humana. La enfermedad ajena nos puede ayudar a preocuparnos de los demás. En nuestra sociedad actual tenemos un déficit de “compasión”. Que la Pascua del enfermo nos haga tomar conciencia de esta realidad para ser nosotros también otros “consoladores”. “Paraclito” referido al Espíritu significa “consolador”

“Padre, la resurrección de tu Hijo Jesús fundamenta la esperanza de la nuestra. Por eso podemos repetir con el salmista a boca llena: Yo no he de morir, yo viviré para contar las hazañas del Señor. Ayúdanos, Señor, a mantenernos siempre fieles a tu voluntad y prontos para dar a todos razón de nuestra esperanza. Amén.



Fr. Manuel Gutiérrez Bandera
Virgen del Camino (León)

Evangelio para niños

VI Domingo de Pascua - 29 de Mayo de 2011



Promesa del Espíritu Santo

Juan 14, 15-21

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: - Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque vive con vosotros y está con vosotros. No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis, y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él.

Explicación

Al despedirse Jesús de los apóstoles, estos se quedaron muy tristes. Jesús al verlo les animaba diciéndoles: -Si me amáis cumpliréis mis mandamientos. Y si os he dicho que estaré con vosotros y vosotros conmigo, ¿cuál es el motivo de vuestra tristeza? No os preocupéis ni acobardéis pues yo le pediré a mi Padre que os de otro defensor: el Espíritu que os dará la paz si seguís mi voluntad.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

SEXTO DOMINGO DE PASCUA – “A”(Jn. 14, 15-21)

NARRADOR: ¡Eh, vosotros! ¿A dónde vais?

NIÑO 1º: Noosotros... vamos... a... ¡jugar un rato!

NARRADOR: Y, ¿lo saben vuestros padres?

NIÑO 2º: Bueno, no, pero...

NIÑO 1º: Yo estoy en casa de mi abuela. Ella me cuida mientras mis padres trabajan.

NIÑO 2º: Mis padres no se enteran.

NARRADOR: Tus padres han encargado a tu abuela que te cuide. Los tuyos estará, intranquilos si vuelven y no estás en casa. Me parece que no queréis mucho a vuestros padres.

NIÑOS: ¡Claro que les queremos mucho!

NARRADOR: Pues entonces os va a venir muy bien lo que nos dice Jesús este domingo. ¡Escuchad!

DISCÍPULO1º: Maestro, si te vas de nuestro lado, ¿cómo podremos demostrar que te queremos?

JESÚS: Es muy sencillo, sólo tenéis que guardar lo que os he mandado.

DISCÍPULO2º: Hombre. Maestro, muy sencillo no es.

DISCÍPULO1º: Además estaremos solos, nadie nos cuidará.

JESÚS: No estaréis solos. Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor que esté siempre con vosotros.

DISCÍPULO2º: ¿Otro defensor? ¿Será tan valiente como tú? ¿Cómo se llamará este defensor?

JESÚS: Se llamará el Espíritu de la verdad.

DISCÍPULO1º: ¿Y nos defenderá sólo a nosotros?

JESÚS: Sólo a vosotros. El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce.

DISCÍPULO2º: ¿Y nosotros, sí le conocemos?

JESÚS: Claro que sí, porque vive con vosotros y está con vosotros.

DISCÍPULO1º: Maestro, no te entendemos.

JESÚS: No os preocupéis. Pensad sólo que no os dejaré desamparados. ¡Volveré!

DISCÍPULO2º: ¿Y podremos verte como ahora? Porque el Espíritu ese no lo vemos por ninguna parte.

JESÚS: Hay muchas formas de ver. El mundo no me verá pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo.

DISCÍPULO1º: Maestro, tú dijiste que te ibas con el Padre.

JESÚS: Estaré con el Padre, pero vosotros estaréis conmigo y yo con vosotros. Hay muchas formas de estar.

DISCÍPULO2º: ¿Y nos puedes decir una?

JESÚS: Claro que sí: haced lo que os he mandado.

DISCÍPULO1º: Si guardamos lo que nos has mandado ¿estaremos contigo?

JESÚS: Claro que sí..., estaréis conmigo.

DISCÍPULO2º: ¡Y así sabrás que te queremos!

JESÚS: El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y estaré con él.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández